

ANOCHÉ FALLECIO EN MADRID VICTOR de la SERNA

Pésame de S. E. el JEFE DEL ESTADO

Ministros, jerarquías militares, escritores y artistas visitan la capilla ardiente



Condolencia del Jefe del Estado

Esta mañana estuvo en el domicilio del ilustre periodista el marqués de Casa Loja, jefe de la Casa Civil del Generalísimo, para testimoniar el pésame del Caudillo.

DESGRACIADAMENTE, las impresiones esperanzadoras que durante la mañana y la tarde de ayer exteriorizaran médicos y familiares no tuvieron confirmación, y Víctor de la Serna, el ilustre maestro de periodistas, el escritor de inimitable estilo, el caballero y amigo ejemplar por todos admirado y querido, dejaba de existir, minutos antes de las nueve de la noche, en su domicilio de la calle de Goya, número 65. Nada hacía esperar el triste desenlace, cuando Víctor, que se hallaba conversando con familiares y doctores, exclamó, reflejándose en su rostro la angustia: «¡Qué dolor! ¡Qué dolor!» Había sobrevenido el último colapso, contra el que resultaron inútiles todos los esfuerzos de la ciencia.

En el instante de sobrevenir el fallecimiento rodeaban el lecho del paciente su esposa, doña María Gutiérrez-Répede; sus hijos: don Víctor, don Alfonso, doña María Teresa, don Jesús—nuestro entrañable compañero el redactor-jefe de PUEBLO—, doña María del Pilar, don Manuel, don Jaime y doña María Luisa; sus hermanos: don Ramón, doña Josefina y don Luis, prestigioso doctor, que también le prestaba asistencia, así como otros deudos; su director espiritual, padre Félix García, y los doctores Jiménez Díaz y Franco Losada.

La afección cardíaca que ha cortado la vida de uno de los más gloriosos periodistas españoles—pietórico de talento creador y de actividad incansable a los sesenta y dos años—comenzó a dejarse sentir hace seis meses; pero el diagnóstico de un famoso especialista, con quien consultara en Suiza, fué sumamente tranquilizador. A su regreso, Víctor de la Serna marchó a descansar a Marbella, permaneciendo allí hasta octubre último, en que regresara a Madrid. Los médicos le habían prohibido escribir, y ello constituía para su dinamismo inigualable y su devoción profesional una inquietud tan grande o más que le produjera su estado de salud. Tenía, entre otros trabajos proyectados, el deseo de comenzar un libro con destino a la juventud española que le encargara el delegado nacional del Frente de Juventudes, don Jesús López Cando.

Hace hoy exactamente nueve días, Víctor de la Serna comió con unos amigos en un conocido restaurante madrileño, y cuando regresaba en automóvil a su domicilio, acompañado por uno de sus hijos, experimentó un fuerte dolor en el pecho, al pasar por la calle de Alcalá, frente al templo de San Manuel y San Benito. Desde entonces hubo de permanecer en el lecho, sufriendo varios colapsos. Aunque, para no angustiar a la familia y a los amigos, se mostraba optimista, e incluso alegre, le turbaban fatales presentimientos, y buena prueba de ello la da su insistencia en hacerse una fotografía en su casa, junto a su esposa, sus nueve hijos e hijos políticos y sus veintitrés nietos, anhelo que no le ha sido posible satisfacer.

Inquieto hasta el postrer instante por el cumplimiento de sus deberes, Víctor de la Serna requirió en uno de los últimos días los servicios de su secretario, señor Ruzafa, para dictarle

una carta con destino a la Asociación de la Prensa de Madrid, de la que era vicepresidente primero—en funciones de presidente, por ausencia del titular—que se halla en Nueva York—manifestando en ella la conveniencia de que, con objeto de dar el realce máximo a los nombramientos de socios de honor de la entidad hechos a favor de monseñor Angel Herrera, don Juan Ignacio Luca de Tena y don Manuel Aznar, se encargasen a un magistral artista roneño los correspondientes pergaminos. Esta propuesta se halla ya en la Asociación de la Prensa pendiente de trámite.

HABITO DE AGUSTINO COMO MORTAJA

El cadáver de Víctor de la Serna, en virtud de instrucciones expresas, dadas tanto a los familiares como al padre Félix García, fué amortajado con el hábito de agustino, quedando con los pies descalzos—según estuvo, igualmente, el de su madre, la eximia novelista doña Concha Espina—y con un rosario de cuentas negras entre las manos. Sobre la cabecera del lecho mortuorio, un cuadro al óleo representando a una Dolorosa, que también tenía junto a sí su madre al expirar y que presidía la habitación del inolvidable maestro y amigo. Víctor de la Serna abandona el mundo confortado con todos los auxilios de la religión, y en la tarde del lunes había confesado.

EL MINISTRO DE INFORMACIÓN Y TURISMO ORA ANTE EL CAVER

El ministro de Información y Turismo, señor Arias Salgado, después de testimoniar el pésame personalmente a los familiares, pasó a la capilla ardiente, orando ante el cadáver de Víctor de la Serna.

INCESANTES TESTIMONIOS DE PÉSAME

Al difundirse por Madrid la triste nueva comenzó el desfile por la casa mortuoria de incontables personas de todas las clases sociales, que anhelaban testimoniar su condolencia, y hasta el mismo instante de organizarse la comitiva fúnebre para conducir los restos mortales del ilustre periodista a la Sacramental de Nuestra Señora de la Almudena, no fueron interrumpidas las visitas. Resulta, por tanto, imposible, no incurrir en omisiones.

Entre las personalidades que acudieron a dar el pésame a la familia figuran los ministros de Asuntos Exteriores, señor Castiella; Ejército, teniente general Barroso, y Educación Nacional, don Jesús Rubio; capitán general Muñoz Grandes, ex ministro señor Girón, directores generales de Prensa, señor Muñoz Alonso, y de Trabajo, señor Filgueira; subdirector general de Prensa, señor Gutiérrez Durán; capitán general de la Primera Región, teniente general Rodrigo, y secretario de la Asociación de la Prensa, señor Casares. Puede decirse que la lista detallada abarcaría la mayor parte de los nombres de relieve en política, literatura, arte, alta sociedad, etc. Igualmente fueron numerosos los pésames testimoniados por teléfono, contándose entre ellos, los del ministro del Aire, teniente general Rodríguez y Díaz de Lecea, y gobernadores civiles de Málaga y Ciudad Real.

La Redacción de PUEBLO acudió también al domicilio mortuorio para patentizar, tanto individual como colectivamente, el más hondo y sincero dolor que aqueja hoy y tardará mucho en mitigarse, a cuantos trabajamos en este segundo hogar. Un dolor tanto más lacerante, puesto que a la pérdida del maestro de profesión y conducta, de la pluma señera y admirable, se suma la del padre de uno de los hombres más eficientes, destacados y queridos de nuestro equipo: Jesús de la Serna, redactor-jefe de este diario.

GRAN SENTIMIENTO EN SANTANDER

SANTANDER.—La muerte del insigne periodista Víctor de la

Serna ha causado en esta ciudad general sentimiento, por haber residido aquí durante muchos años y ser donde hizo sus primeras armas literarias, colaboran-

do en los periódicos y dirigiéndolos de ellos. Numerosos telegramas de pésame han sido cursados a su viuda e hijos por las autoridades y amigos. (Cifra.)

ASI CONTO SU VIDA PARA «PUEBLO»

PUEBLO ha ofrecido a sus lectores, entre los días 10 y 15 del actual noviembre, una extensa biografía, que hoy recobra triste actualidad, de Víctor de la Serna, escrita por Marino Gómez-Santos. Las frases siguientes pertenecen, pues, al llorado maestro de periodistas, que a través de ellas contó su vida, sus luchas y retrató su carácter:

No tengo historia. Desgraciadamente, los hombres que no tenemos historia tenemos anécdotas. Todo en mi vida es anécdota. Muchas veces pienso que tengo un Angel de la Guarda juguetón que se descuida, pero que en los momentos achuchaditos parachuta rápidamente sobre el peligro y me salva. Algunos quites me ha hecho muy buenos. Inolvidables.

Nací "con el siglo", en una casa con duendes, en Valparaíso. Allí administraba y liquidaba mi padre los restos de la gran fortuna de mi abuelo, don José de la Serna y Haces Barreda. Cuando nací hubo un terremoto. Me salvó mi madre, aún en cama. Dormimos en la tienda de campaña del obispo de Valparaíso, en la playa.

Aquella época de mi escolaridad fué la más agradable de mi niñez. En una ocasión le organizamos al pobre hermano José, creo que una de las primeras huelgas escolares de España. Un día, en el curso de su lección, nos explicaba que la huelga era una cosa licita y legal cuando se guardaban ciertos trámites. Entonces decidimos unos cuantos mocosos—el que más tendría once o doce años—declararnos en huelga, y una tarde, en vez de entrar a clase, nos fuimos a pescar. A última hora, como éramos unos infelices y queríamos mucho al hermano José, fuimos a visitarle. Nos metió en la clase y nos hizo escribir 500 veces la frase "La huelga es licita, pero hasta cierto punto".

En 1909 vine a vivir con la familia a la calle de Alcalá, número 125. Mi madre era una escritora completamente desconocida, provinciana, que traía un manuscrito debajo del brazo. Era el original de su primera novela, "La niña de Luzmela". Por cierto que ahí tengo el manuscrito. Esta novela la editó Fernando Fe, el librero de la Puerta del Sol, número 15, el único editor intelectual que había entonces.

La vida era dura entonces y había que ayudar un poquitín también en la casa. Recuerdo que uno de los empleos que tuve fué en una oficina de la calle de Cedaceros, y en otra de la Westinghouse, en la plaza de Antón Martín, esquina a Atocha. El deseo de mi padre era que yo hubiera sido ingeniero, y por eso ingresé en el I. C. A. I.

Yo he sido un joven maurista, y con esto queda dicho que mis primeras actividades políticas también fueron en la calle. En cierto modo, nosotros fuimos los precursores de las escuadras de jóvenes que, treinta o cuarenta años más tarde, habían de hacer las cosas que hicieron en España para salvarla.

Terminé mis estudios en la Escuela Superior del Magisterio. Se me presentaban dos caminos, y tenía que escoger entre las cátedras en las Escuelas Normales de Maestros o la Inspección de Enseñanza Primaria. Como me horrorizaba el sumirme en una provincia, para ser catedrático de Literatura de una Escuela Normal, lo cual suponía adocenarme, me decidí entre gentes honradas, pero que no me interesaban.

Como tenía buen número, elige Toledo. En Madrid no había vacante.

Siendo alumno de la Escuela Superior y de la Facultad de Filosofía gané mi primer premio literario. Para celebrar la inauguración de la casa social de la Asociación de Empleados y Obreros de Ferrocarriles de España, que había de presidir Su Majestad el Rey don Alfonso XIII, se

convocó un concurso literario para premiar un trabajo en verso y un artículo de periódico. El primer premio estaba dotado con la cantidad de 2.000 pesetas. En aquella época era el premio Planeta.

Yo iba a Toledo—ya casado en Madrid—dos veces por semana. Despachaba los asuntos de inspección, visitaba algún pueblo y el resto del tiempo lo pasaba en Madrid, donde tenía que trabajar en muchas cosas. La principal de ellas fué la dirección de la Biblioteca Renacimiento, que acababa de dejar Gregorio Martínez Sierra. Esto quiere decir que yo trabajaba unas veinte horas diarias.

La vida se endurecía. No había más remedio que darle cara, porque entonces el ser hijo de una escritora, como lo era yo, no era una palanca, precisamente, para abrirse camino en la vida. El ser escritora entonces suponía casi una cosa estafalaria.

La vida empezaba a apretar y Madrid era cruel como no te das idea. Entonces me repliego a Santander, donde ya era otra cosa, porque yo tenía mi familia allí, la mía y la de mi mujer. Existían más posibilidades de defenderse por una temporada.

Entonces había en Santander tres periódicos: «El Cantábrico», que era muy bueno y el de más circulación; «La Atalaya», de mayor prestigio literario, y «El Diario Montañés», periódico católico, de párrocos y de señoras mayores, bien hecho. En ningún sitio me querían. Entonces fué cuando yo oí, por primera vez, una frase que todavía no he digerido. Se me escapó aún su significado: «Escribe demasiado bien para ser periodista». Esto hacía suponer que para ser periodista había que escribir mal.

Fundé «La Región». Escribí como una fiera. Yo hacía editoriales, tomaba conferencias telefónicas, redactaba los sucesos, escribía revistas de toros firmando «Don Matías» y llevaba una sección diaria firmada «Juan Pérez». El periódico estaba adscrito políticamente a la Unión Patriótica. En aquella época conocí y tuve ya como colaborador a un joven agustino—no sé si quiera si había cantado misa por entonces—, profesor del Colegio Cantábrico, y que es nada menos que el padre Félix García, cuyos primeros versos publiqué un día de Semana Santa.

Fundé un nuevo periódico, «El Faro», de la tarde, ayudado técnica y económicamente por uno de los periodistas más extraordinarios que existen actualmente en España, y al que de cuando en cuando le sepulta su propia modestia o su rigor, porque es un hombre muy riguroso. Me refiero a Joaquín Arrarás, que era entonces director de «El Diario Montañés». Fué un periódico precioso el que hicimos. De los más bonitos, de los más alegres y de los más literarios que se hayan hecho en el norte de España.

En agosto de 1927 se inauguró el monumento a doña Concha Espina en Santander.

Debo aclarar que, aunque Santander contribuyó en una medida bastante generosa a la erección de este monumento, en realidad se hizo por una suscripción internacional. Asistieron a la inauguración los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria. Mi madre no estuvo presente en la ceremonia, por modestia. Yo creo que era la primera vez que le hacían en España a una persona un monumento en vida.

Cuando la familia se enteró de la decisión de marcharnos a Madrid, lo que menos nos llamó fué locos. Y, por si fuese poco, auguraron que íbamos a morirnos de hambre en Madrid. Con siete hijos no se puede andar con esas bromas de venirse a Madrid sin más que la noche y el día. Yo me preparé el traslado, recurriendo a mi Inspección de Enseñanza Primaria. Sin esto no hubiera podido poner el pie en Madrid. Me ayudó, como siempre, aquel ángel que fué don José Rogelio Sánchez, director general de Enseñanza.

Viene la República y mi antiguo compañero de estudios, Rodolfo Llopis anula mi traslado a Madrid y se me plantea un dilema trágico: o vuelvo a la provincia, a Oviedo concretamente, donde se me destinaba, o doy la cara a un Madrid doblemente hostil. Consejo de familia «dos»: el balance financiero era como el reinado de Witiza: oscuro e incierto; pero el ánimo, colosal. Decidimos resistir. Y luchamos. Sólo Dios María y yo sabemos cómo luchamos. Redoblé mi trabajo en la editorial, tomé otras tareas, hice traducciones, hasta me presté a servir de «negro» para un académico. Una cosa defendí sobre todas: la felicidad y la paz de mi casa.

«La Voz» me encargó una sección diaria que consistía en una crónica de las Cortes. Yo la dictaba desde la cabina del Congreso, minutos antes de cerrarse el periódico. Fué una sección que tuvo mucho éxito. Muchas veces, los compañeros de «La Voz», gente alegre y entusiasta, me enviaban a la redacción de «El Sol» la «oreja de papel» en señal de aplauso. Nunca se dió el caso de un periodista que trabajase más.

En «La Epoca», Marquerie me buscó para hacerme cargo de la dirección de «Informaciones». La aventura no era pequeña. Juan Pujol se había marchado a raíz de la derrota electoral de febrero. El periódico, que había dejado de pertenecer a don Juan March desde hacía algún tiempo, no tenía en aquel momento dinero ni quien se lo diera. Acometí la empresa, como Dios me dió a entender, en el momento en que la lucha periodística estaba más endurecida.

Yo no hablaba nunca de mi actuación durante la guerra. Hice lo que pude. Tuve la fortuna de que pudieran hacerlo algunos de mis hijos, y puesto que vivimos, siempre nos parecerá que no hemos hecho bastante. No deseo más guerras civiles. Ni de las otras.

«Informaciones» fué el primer periódico de la tarde que salió en Madrid el 29 de mayo de 1939.

«Informaciones», en mis manos, fué uno de los éxitos editoriales más resonantes que ha conocido la historia de la Prensa vespertina en España. Vitin, mi hijo, guarda una parte de tirada que él recogió de encima de la mesa. En este parte figuran como entregados al cierre de Madrid cien mil ejemplares. La línea que corresponde al de ejemplares devueltos está en blanco. Se vendieron en las calles de Madrid aquel día exactamente los cien mil ejemplares. Gané mucho dinero con «Informaciones». Pagué muy bien a la gente. Pagué muy bien todos los servicios informativos. Mejoré la maquinaria.

Cuando terminó la guerra—inolvidable labor de «Unus»—el entonces embajador de Alemania en Madrid, Von Bibra, al despedirse de mí, con una carta que conservo, en la que se reconoce y se agradece mi desinteresada amistad con Alemania, le envié a mi mujer este cacharrito de plata, con unos bombones y unas flores, cuando se marchaba a comparecer ante el Tribunal de Núremberg.

Me había quedado con unas cuantas acciones de «Informaciones» y con la dirección del periódico. Comprendí que la estructura de la Sociedad propietaria no era lo más a propósito para mi continuación. En efecto, no tardó en producirse el incidente, que determinó mi salida.

Mira: de ese episodio de la fundación del diario «La Tarde» en Madrid hubiera preferido no hablar. Comenzó siendo una gran satisfacción personal. Tan grande que doy por bien empleado todo lo que en esta aventura gasté de dinero y de nervios. Me concedieron lo que a nadie habían concedido ni han vuelto a conceder: un periódico. Me siguieron los mejores periodistas y los mejores obreros, que abandonaron posiciones muy antiguas y muy sólidas por afecto a mí. Lancé unos cuantos periodistas jóvenes que hoy son profesionales brillantísimos.

¡Cómo que luché!... Jamás me concedieron papel de cupo. Me encontré en situaciones tremendas. Para pagar la paga extraordinaria de Navidad de 1948 vendí mi coche. Se lo vendí a Perico Alzaga. Cuando me dió el cheque con su importe le pedí que me «prestara el coche» para ir al Banco. Los obreros y los redactores—era el 23 de diciembre—estaban esperándome. Dispuestos a no cobrar, eso sí, porque eran una maravilla de gente. Pero yo estaba dispuesto a que cobraran. Y les obligué a cobrar. No quiero contar otros detalles. Llevo diez años tratando de olvidarlos. En junio de 1949 murió «La Tarde». Detrás de su muerte quedaban dos millones de deudas. Y quedaba una jauría de desalmados frotándose las manos. Durante unas semanas «la cogida y muerte de Víctor de la Serna» fué casi un espectáculo nacional. Pero estaba vigente una tradición española, fundada por la primera marquesa de Luca de Tena, y que consiste en que para salvar el decoro y el honor las mujeres de ciertos empresarios de periódico español empeñan sus joyas o las venden. Y doña María echó las suyas encima de la mesa sin pestañear, y rascó hasta el último rincón de su patrimonio. Aquí, en esta biblioteca, se pagó hasta el último céntimo. Pude haber eludido el pago judicialmente, pero ella no quiso. Quedaba mi nombre detrás, y había que salvarlo. Hoy han vuelto las joyas y el patrimonio a su sitio, dispuestos a recorrer el mismo camino si hiciera falta. Y de «La Tarde», nada más, por favor.

Por muchas razones escribí en «A B C». Pero la principal, por fidelidad y gratitud. Fueron aquellas las primeras columnas que se me abrieron después de la catástrofe. Torcuato Luca de Tena me lanzó a la aventura de ser «corresponsal en España», con un estrepito tipográfico, con un afecto y, al final, con un éxito que me obligaría para siempre a aquella casa. Luego Luis Calvo, mi amigo de toda la vida, me ha mostrado tales tesoros de patriotismo, de lealtad a lo que es permanente y esencial en nuestra Patria, que me sería imposible separarme de él. El no necesita que nadie le ayude en la prestación de un servicio eminentísimo a España; pero mi obligación es estar a sus órdenes ahora.

Quiero escribir un libro para muchachos del Frente de Juventudes. Yo le di a esta organización su lema y su Patrón. Quiero dejarles un pequeño libro, que se titulará «El país en que vivimos». A última hora va a preverleer en mí el pedagogo sobre el escritor.

De mi vida futura será lo que Dios quiera. Mi deseo sería que fuera tranquila y poder repartir los años que me quedan a lo largo de ese meridiano que me cruza el corazón: Santander-El Escorial-Marbella. No sé si podrá.

BAÑERAS DE CEMENTO
1,35x70 con esmalte
impecable pintado

IMECA

PACIFICO, 82